

IN MEMORIAM

D. SEVERINO AZNAR EMBID

Cuando la muerte siega la vida de un hombre, y mucho más si se trata de un gran hombre, el sentimiento de quienes le lloran responde a la definitiva separación que sufren de aquel al que admiraban o querían, pero, en segundo lugar, al dolor que nos causan las vidas truncadas, las obras maestras interrumpidas o los proyectos que jamás se realizarán: vida malograda y obra que se frustró. Pero no siempre es así. En raras ocasiones, Dios permite que la parábola vital se cierre y que la obra se ultime. La muerte, entonces, no es otra cosa que el último golpe de cincel, que la postrera pincelada o que el «Feliciter» deleitosamente diseñado al fin del códice en que el copista había trabajado durante largos años.

A ésta última categoría pertenece la muerte de D. Severino Aznar Embid, el día 19 de noviembre, esperada y ejemplarmente sufrida, que ha completado, más que roto, una larga vida y una ingente obra, punto menos que perfectas.

La duración de su existencia, el volumen de sus publicaciones y la multiplicidad de las actividades de Aznar nos impiden intentar ahora un estudio que pretenda abarcarlas por entero. Aquellos que deseen recordar en detalle los rasgos biográficos, los libros y los hechos de Aznar pueden acudir, entre otros estudios, a los prólogos de Minguijón, Larraz y Jordana de Pozas a los volúmenes editados en 1946-49 por el Instituto de Estudios Políticos, al discurso de contestación al de ingreso de Aznar en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, al libro «La Vida de un Luchador» (Madrid, 1952), en que se reunieron trabajos y datos con motivo de haber cumplido ochenta años de edad el ilustre profesor y, finalmente, a los artículos que estos mismos días están apareciendo en

diferentes periódicos y revistas en homenaje a su memoria. Apresuradamente y con íntimo dolor, pretendemos tan sólo subrayar algunas de las facetas de la personalidad eximia que acabamos de perder para siempre.

Aznar era todo lo contrario de un especialista. Nada humano le era ajeno y su curiosidad, siempre despierta y, a menudo, ingenua y directa como la de un niño, no tuvo límites. El afán de conocimiento llegaba a obsesionarle. Recordando sus años mozos, en la vieja Bilbilis, pronunció unas palabras reveladoras del Norte de su brújula: «Para sobrevivir, era preciso saber.» Sirviendo ese lema, llegó a los noventa años en el ejercicio de una mente codiciosa de saberes. Pese a su afán de totalidad, la obra que realizó puede agruparse coherentemente en varias direcciones, seguidas con tenacidad y fidelidad ejemplares durante su prolongada y fecunda existencia. En cuanto a los medios, fue hombre de pluma y de palabra. Sus conferencias y discursos se cuentan por centenares; sus artículos, folletos y libros sobrepasan el millar; y la conversación o la amistosa polémica eran para él una necesidad, un método y un placer. Sus temas preferentemente cultivados fueron los de carácter social, en todas sus vertientes religiosas, políticas, científicas y jurídicas. La familia, el sindicato, la empresa y la seguridad social le deben multitud de estudios que tienen, a veces, el valor de profecías y que, siempre, significaron avances considerables en el estado de nuestros conocimientos sociológicos.

La enseñanza, en todas sus formas, desde la lección particular al apostolado a grandes masas, fué una vocación de Aznar ejemplarmente servida y que le llevó a ocupar el primer puesto en la de la Sociología, siendo titular de la primera cátedra de esta disciplina que se creó en los Seminarios y en las Universidades españolas y fundador y director de la primera Revista del mismo género, a la que dio carácter y renombre internacionales.

Pese a su formación fundamental, sólidamente humanista, era más dado a la acción que a la especulación. En uno de sus primeros libros, dejaba escapar estas palabras: «¡Hacer, hacer, ésa es la gran lección!» En sus constantes lecturas, viajes, encuestas y diálogos, si no había ya un propósito inicial de finalidad práctica, prontamente se abría el cauce que había de canalizar los conocimientos así adquiridos hacia su utilización en la empresa o tarea que le ocupaba a la sazón.

La multiplicidad y aparente dispersión de sus actividades y pu-

blicaciones era puramente superficial o externa y, como las flores y el follaje de un árbol centenario, surgía de una sola raigambre, se nutría de la misma savia y obedecía a un sistema riguroso, unitario y equilibrado.

Surgido del pueblo y de la gleba, aunque desde sus tiempos universitarios viviera siempre en grandes ciudades, conservó en lo físico y en lo moral los rasgos peculiares de su origen. Amaba, sentía y supo siempre interpretar al pueblo, que nunca concibió como masa ni conjunto de seres pasivos. De ahí su auténtica democracia y su constante desvelo por informar, divulgar y popularizar, en lo que se anticipó grandemente a las corrientes actuales. Cuando ya octogenario, los mozos de su aldea nativa le subieron en hombros hasta la iglesia donde había sido bautizado, cumplían —sin saberlo— un rito simbólico de elevación por y sobre la tierra y el pueblo.

Respetuoso y tolerante con las ideas ajenas, en medida poco frecuente, creyente en la eficacia de la discusión y del diálogo, era —sin embargo— no ya decidido, sino noblemente apasionado cuando se trataba de realizar lo que estimaba verdadero y justo. Esa pasión, templada por la caridad, dio a su figura y a todas sus actividades un carácter humano y una eficacia singular.

La REVISTA y el Instituto de Estudios Políticos, que le contaron entre sus más constantes, entusiastas y competentes colaboradores, se unen al duelo de España y de la Ciencia por la pérdida de D. Severino Aznar y ruegan a sus lectores una oración que se añada, ante Dios, a los excepcionales merecimientos de su alma.

